

EL MITO DEL QUEBRANTAHUESOS DEPREDADOR DE SERES HUMANOS

Abilio Reig-Ferrer



Se ha creído durante mucho tiempo que el quebrantahuesos acomete a los hombres con la intención de matarlos y devorarlos. Esta historia fabulosa, originada en tierras suizas durante el siglo XVIII, contrasta con la mirada inofensiva, o al menos de indiferencia, con la que se le ha caracterizado en la cultura mediterránea. No obstante, la fuerza del mito del *Gypaetus barbatus*, como un ave dañina y perjudicial para el hombre, derivó en su desprotección como especie hasta prácticamente nuestros días. En este artículo damos a conocer, a rebufo de la mala fama del *quebrantón* como depredador humano, un antiguo documento en el que se narran los estragos en seres humanos y en ganado atribuidos a un supuesto quebrantahuesos y la muerte, de esta peligrosa bestia, acaecida en el año 1797 en la localidad alicantina de Benimantell.

EL AVE NUMINOSA

Si ha habido un ave misteriosa en el imaginario colectivo popular que ha exhibido un rostro jánico de espanto y admiración, ésta ha sido el *Gypaetus barbatus*. De entre las innumerables caras con las que se ha representado a esta poliédrica ave, una de las más repetidas ha sido su asociación a la divinidad. Como animal *divino* (en su sentido etimológico de “luz”, o “lo que brilla”), el quebrantahuesos ha sido disfrazado y asimilado, unas veces a la mítica ave de origen etíope *fénix* (por el color fenicio=rojo o púrpura de Tiro), símbolo de regeneración espiritual, y que nos recuerda, entre otros ornitónimos, al *arrano gorri* (el águila roja) de los pastores navarros de Benafarre, según testimonio del biólogo Alberto Hernando Ayala. Otras veces, se ha transformado en *grifo*, otra ave fa-

bulosa que evocaba originariamente la doble cualidad divina de fuerza y sabiduría, o como *homa* o *huma*, en la cultura persa. En la tradición sufi, se consideraba al *homa* como ave auspicial de buena fortuna, liberadora de demonios y protectora de la realeza. Todavía en el siglo XIX, el quebrantahuesos era conocido con el nombre vernáculo de *grifo* en diversas comarcas aragonesas y navarras. En la cultura boer sudafricana, por notar un ejemplo más, se ha reputado al *Gypaetus* como el cuervo que Noé soltó del arca. Cometer cualquier tropelía o molestia al *ukozi*, o al *olukulu*, se consideraba un mal presagio, por lo que la presencia de cualquier desgracia o enfermedad en el seno familiar, la insolvencia, o la pérdida de ganado, se atribuía al hecho de haberlo incomodado o dañado (Stark & Sclater, 1903).

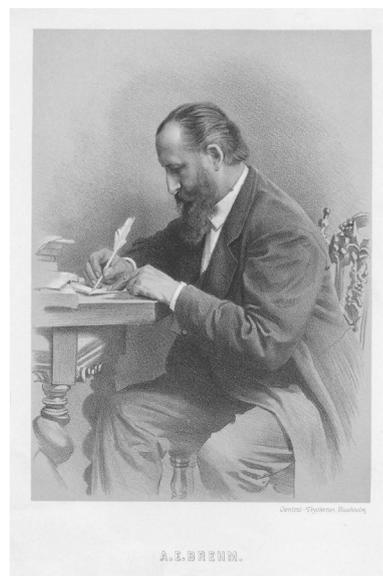
Así y todo, durante la segunda mitad del siglo XVIII surgen toda una serie de leyendas e historias fabulosas acerca de una poderosa, sanguinaria y demoníaca ave que es capaz de atacar y apresar bueyes, vacas, carneros, cabras, corderos, e inclusive seres humanos, con la finalidad de devorarlos (Andreae, 1776). Este mito, brotado y propagado reiteradamente entre los cazadores y campesinos suizos y del Tirol austríaco, ha perdurado hasta el siglo XX. En palabras del psicólogo José Luis Pinillos (1919-2013), un mito, en el sentido ideológico, es *una representación colectiva imaginaria, una fantasía compartida, que se ajusta más a las aspiraciones y necesidades subjetivas del grupo que la piensa que a la realidad objetiva de lo representado en ella* (Pinillos, 1992: 102). Independientemente del sistema interpretativo que revela el mito, éste ha servido tradicionalmente, al igual que la religión, para domesticar lo sagrado, organizarlo, hacerlo inteligible, y traducir aquello que revelaba la

opinión. Y no sería de extrañar que pudiera florecer, como fuente de cohesión social entre los cada vez más devotos, entusiastas y custodios de esta ave, cuya belleza y magia nos trasciende y supera, una nueva religión laica que podríamos bautizar *quebrantonismo*.

Es de sobra conocido que, a lo largo del siglo XIX y fieles al movimiento regeneracionista que establecía una división zoológica en dos grandes grupos de animales (los útiles y los perjudiciales), surgieron naturalistas defensores y detractores de esta especie. Frente al prevalente mito suizo de bestia tóxica ávida de sangre, unos pocos naturalistas empiezan a cuestionarse esa imagen del quebrantahuesos mediante su observación directa en el campo, o preguntando a conocedores fidedignos de la especie. De esta manera, el alemán Heinrich Carl Küster (1807-1876), en su excursión a la isla de Cerdeña en la primavera de 1834, demuestra que el quebrantahuesos sardo (*inguxtosu, contruxiu barbu*) es considerado por el paisanaje como un ave totalmente inofensiva, tanto para el ganado como para los seres humanos, aprovechando del mismo sólo algunas de sus plumas para escribir o algunas partes de su cuerpo como remedio medicinal (Küster, 1835). Otro alemán, el célebre Alfred Edmund Brehm (1829-1884), se esforzó, desde su viaje a España en 1856-57, por documentar y divulgar el verdadero comportamiento alimentario osteófago del quebrantahuesos, y ya en la primera edición de su inmortal *Illustriertes Thierleben* (1864-1869), lo presenta como un inofensivo alimoche grande:

Felizmente están lejos de nosotros los tiempos en los que la filosofía natural procuraba prescindir de los hechos. Todas las suposiciones e hipótesis no nos satisfacen ya; necesitamos datos precisos, observaciones no preconcebidas, y si observamos al buitre barbudo bajo este punto de vista, el único verdadero, veremos que no es más que un alimoche de gran tamaño, una rapaz sin fuerzas, cobarde, tan pobremente dotada en lo físico como en lo intelectual, y que no acomete sino de vez en cuando a un pequeño vertebrado vivo, como lo hacen todas las otras rapaces, alimentándose comúnmente de restos animales. El buitre barbudo no está organizado para carnívoros, sino para comedor de huesos, tal como lo indican sus débiles armas, su inmenso esófago, y su estómago capaz de digerirlo todo. Sólo necesita un tiempo increíblemente corto para hacer la deglución de los huesos más grandes. Georgi, el excelente pintor que ilustró la obra de Tschudi, me ha referido que por medio de un antejo de larga vista observó cierto día a un buitre barbudo posado en una roca, el

cual hacía la digestión de un hueso muy largo que le salía en parte del pico. En los individuos cautivos se han hecho varias veces observaciones análogas.



Alfredo Brehm, reputado defensor del quebrantahuesos como ave inofensiva, en su mesa de trabajo escribiendo con pluma de ave.

Ante esta aparente paradoja, el conservador del museo de historia natural de Grenoble, el francés Louis Rérolle (1849-1928), se planteó la cuestión de cómo era posible la coexistencia, al menos en la literatura ornitológica, de dos tipos de quebrantahuesos con temperamento y comportamiento tan distintos, tema idéntico que retomaría y copiaría, una década después, el naturalista suizo Louis Lavauden (1881-1935):

[...] uno de ellos, el quebrantahuesos de los Alpes, rapaz temible, ávida de presas vivas y que incluso ataca al hombre; el otro, el quebrantahuesos del sur de Europa, de África y de Oriente, cuyos únicos alimentos son los cuerpos muertos y las osamentas [...] (Rérolle, 1900; Lavauden, 1911: 57).

Ambos autores sostenían que el quebrantahuesos se comportaba de manera muy diferente según el lugar que habitaba y según el clima en el que vivía, llegando a la conclusión de que existían, no dos especies o razas distintas, sino dos tipos de quebrantahuesos con temperamento y comportamiento distintos:

[...] Cosa extraña, mientras que los suizos, pueblo tranquilo y ponderado, han contado del quebrantahuesos los hechos más inverosímiles, [...] otros pueblos en cuyos países el quebrantahuesos vive también en gran número, los es-

pañoles, los catalanes e incluso los andaluces, que podríamos creer más propensos a la exageración y al énfasis, han conservado frente a él una calma y una indiferencia completas (Rérolle, 1900: 163; Lavauden, 1911: 56).

¿Se podía atribuir aquella ferocidad del quebrantahuesos suizo a la hostilidad de aquel paisanaje hacia esta ave desde tiempos inmemoriales y a la casi ausencia de cadáveres en aquellos territorios antaño salvajes y ahora cada vez más densamente poblados? Esta parece ser la tesis que sostuvieron ambos naturalistas para intentar resolver aquel aparente contrasentido.

EL AVE MALÉFICA Y PERJUDICIAL

Los Alpes fueron históricamente montañas solitarias ligadas al peligro y al misterio. Allí, en las más altas cumbres diamantinas, vivía y criaba la poderosa águila barbuda (*Bartadler*), como puede verse en la siguiente lámina del libro de Gottlieb C. Chr. Storr (1749-1821), el creador del género *Gypaetus* (Storr, 1784). Dotada de poder casi sobrenatural, podía despeñar cazadores y pastores, robar niños descuidados, despedazar a quienes osaran robar sus nidos, o arrebatarse rebecos, ovejas, o cualquier otro tipo de ganado, matándolos y transportándolos por el aire hasta sus dominios a miles de metros de altura en algún espantoso peñón.



El *Gypaetus barbatus* corona las más elevadas cumbres alpinas suizas

Uno de los primeros documentos en los que se recoge la existencia de aquellos relatos suizos acerca de la temible águila barbuda que hace presa con sus garras

a las incautas víctimas, se debe al párroco y naturalista Daniel Sprüngli (1721-1801), el coleccionista suizo de objetos naturales más importante de su época, y poseedor de una colección completa de aves suizas, en su residencia de Stedtlen. En el año 1775, Sprüngli redacta un informe sobre el quebrantahuesos (con la colaboración del zoólogo zuriqués, Johann Gessners) para el alemán Johann Gerhard Reinhard Andreae (1724-1793), en el que, junto a pruebas objetivas y mediciones científicas sobre el quebrantahuesos de los Alpes, alude al mito de aquella ave depredadora tanto de ganado como de niños pequeños (Andreae, 1776: 195-202). Fue en aquel espléndido gabinete de Sprüngli donde, en el año 1781, el médico y naturalista alemán G. C. Chr. Storr pudo estudiar las pieles de quebrantahuesos y proponer el nombre de *Gypaetus grandis*. En esa misma década (1786), el británico William Coxe (1747-1828) inspecciona esa misma colección de aves y recopila, de boca de su anfitrión, numerosas noticias sobre la distribución del quebrantahuesos, tanto en los cantones suizos como su presencia en otros países como Córcega o Cerdeña. En su libro, Coxe menciona que los campesinos suizos de habla alemana lo llaman *Lammer-geyer*, mientras que los de habla francesa lo denominan *vautur jaune*. Además de realizar una buena descripción y dibujo de esta ave del gabinete de Sprüngli, de la que dice tenía en su colección dos ejemplares (una hembra adulta y un macho juvenil), Sprüngli le aseguró que los informes suizos sobre las fechorías del buitre de los corderos son totalmente inciertos y exagerados, y que él mismo nunca pudo comprobar ninguna de las fabulosas historias contadas por sus paisanos acerca de los ataques a hombres y a los raptos de niños. Añade que los campesinos dan el nombre de *Lämmergeier* a casi cualquier rapaz grande, y concluye señalando que Sprüngli le aseguró que aquellas historias eran fábulas inventadas por los campesinos para atemorizar a sus hijos (Coxe, 1789).

Posteriormente, y ya entrado el siglo XIX, la leyenda negra de la valerosa y malévola ave alpina se generaliza, y sus fechorías se divulgan por relato oral y a través de la imprenta. Son cada vez más autores (Wolf, Meyer, Steinmüller, König, Tschudi, Girtanner, entre otros) los que recogen en sus escritos raptos de niños pequeños por parte del quebrantahuesos, e inclusive el ataque a personas adultas. Al objeto de otorgar mayor verosimilitud a estas historias, se intenta aportar la información más detallada posible, y para doblegar a los incrédulos se proporciona el nombre de los protagonistas. Así, por ejemplo, tanto Johann Wolf (1765-1824) como su colega, el Dr. Bernard Meyer (1767-1836), o Johann Rudolph Steinmüller (1773-

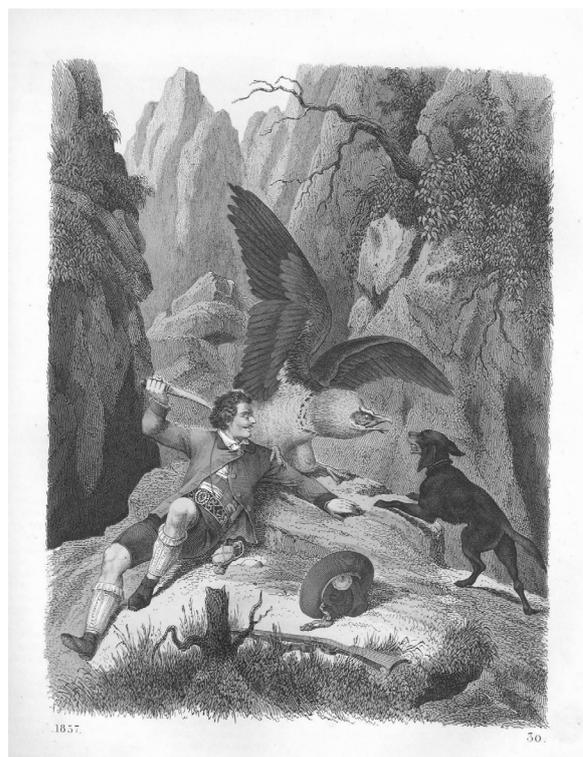
1835), presentan los testimonios de Thomas Platter, de Ramond, y del doctor Zellweger en relación a los peligros que supuso el quebrantahuesos con ataques a niños pequeños y al ganado. Todos estos autores recogen el caso ocurrido en la aldea de Schuders, con la agresión al bebé de un año del campesino Schamaun Kessler, así como otro suceso, ocurrido en el año 1778, en el cantón suizo de Schwyz, con otro bebé de un pastor de cabras (Wolf und Meyer, 1805; Steinmüller, 1806). Más célebre, todavía, fue el relato, recogido por Franz Niklaus König (1765-1832), de la niña apodada *Geieranni* (Ana-buitre) o “Ana-Buitre de los corderos” (*Lämmergeyer-Anni*), que posteriormente copiarían multitud de autores y que fue divulgado, hasta el extremo, a través de las diversas ediciones y traducciones de la obra de Friedrich von Tschudi (1820-1886), *La vida de los animales en el mundo de los Alpes* (Tschudi, 1860).



Retrato y firma autógrafa de Friedrich von Tschudi, el propagador del mito suizo del quebrantahuesos como ave perjudicial.

Según König, el 12 de julio de 1763 sucedió un acontecimiento que ha pasado a todos los libros. La niña de tres años Anna Zurbuchen, nacida en el otoño de 1760 en Habchern, hija de Christen Zurbuchen y de Magdalena Daubwalder, fue arrastrada a 1400 pasos de distancia por la acometida de un quebrantahuesos que finalmente no se la pudo comer gracias a la intervención afortunada de Heinrich Michel (natural de Unterseen, de regreso de un viaje de Aelggäu), que

la rescató siguiendo los gritos de la infortunada niña. Esta víctima, herida en la mano y en el brazo izquierdo, pudo salvarse y casarse posteriormente en Goldswyl con un sastre de nombre Peter Frutiger (König, 1814). Todavía en el año 1857, en otra comarca suiza, un cazador de gamuzas, de nombre Mathias Sturz y natural del Cantón Schwyz, fue atacado y herido, también, en el brazo izquierdo por un quebrantahuesos con el que luchó denodadamente. Sólo gracias a la ayuda del perro pudo este montero, finalmente, librarse de él y reducirlo (Corvin, 1857).



El cazador suizo Mathias Sturz atacado por un quebrantahuesos en el año 1857.

El apasionado estudioso del quebrantahuesos, el ornitólogo y médico suizo Albert Girtanner (1839-1907), recoge en sus escritos (Girtanner, 1870, 1899), algunas historias de depredación humana que le merecían cierta credibilidad y que llegaron a conocerse y hacerse muy populares a través de la obra brehmiana *La vida de los animales*. En una de ellas, un pastorcillo de Silbernalp fue precipitado desde un peñasco al abismo y devorado por el buitre de los corderos al pie del despeñadero. Otro episodio similar, en el Oberland de Berna, se divulgó como positivamente cierto. Pero el caso más creíble para Girtanner de un ataque por parte de un quebrantahuesos suizo contra una persona prácticamente adulta, tuvo lugar en 1870, por lo que el propio investigador pudo recopilar y comprobar toda la información de interés (Girtanner, 1870). Este

afamado quebrantófilo se detiene con sumo detalle en el suceso ocurrido al joven de 15 años, Johann Betschen, pequeño de estatura pero robusto de cuerpo, y muchacho alegre e inteligente, que saliendo de la aldea de Kien (al fondo del valle de Reichenbach) en dirección a Aris, fue sorprendido por detrás y atacado tres veces por un quebrantahuesos que lo precipitó al suelo y lo dejó malherido. Apenas sus desesperados puñetazos lograron apartar aquella ave y, sólo gracias a sus pavorosos gritos, una mujer pudo acudir en su ayuda. Una vez recuperado de su hemorragia y heridas, y a petición del propio Girtanner, el joven fue llevado al museo de Berna al objeto de poder averiguar qué ave fue aquella que le atacó. Este chico, que nunca anteriormente había visto un quebrantahuesos, lo reconoció apenas lo vio expuesto en aquel gabinete, gracias a lo que recordaba de su plumaje y, sobre todo, a la barba de debajo de su ganchudo pico. A la vista de las historias recopiladas, Girtanner se atreve a afirmar que:

Por muy aislados que sean afortunadamente los ataques del buitre barbudo contra los hombres en general y, sobre todo, contra los muchachos de la edad del que hemos citado, ya no dudo ahora de que en efecto ocurren, no sin dejar, como es natural, que cada cual crea lo que le parezca. Nunca se ha conocido con total certeza que nuestro buitre barbudo acometiese a personas adultas con la esperanza de vencerlas, precipitándolas desde una roca en algún abismo, o matándolas de otra manera. Pero los cazadores, alpinistas y pastores que, permaneciendo en punto peligroso de la montaña, han sentido el zumbante aleteo de la poderosa ave que, pasando con la rapidez del rayo por encima de la cúspide de la roca muy cerca de su cuerpo, se desliza de la manera más espeluznante sobre el vertiginoso abismo, no quieren tampoco dejarse convencer de que una mera casualidad le haya trazado el camino precisamente por aquel sitio y pase por allí rozándoles con su cuerpo. Podría citar a este propósito pruebas que me han dado hombres como Baldenstein [Thomas Conrad von Baldenstein (1784-1878), autor de la obra *Vogelbauer*], genuino y antiguo cazador montés de la Recia, observador y narrador inteligente y fidedigno, y otros más, fundándose en observaciones propias que describen unánimemente lo inquietante de semejantes situaciones en aquellos solitarios desiertos; entre tanto faltan, como ya hemos observado, ejemplos positivos de desgracias ocasionadas de esta manera. No obstante, parecerá inverosímil, hasta para los que dudan con más obstinación, creer que por su torpeza y debilidad no logren su objeto con ataques tan serios y repetidos (Girtanner, 1870).



Retrato y firma autógrafa de Albert Girtanner, el quebrantófilo más importante del siglo XIX.

Todavía en fechas más recientes, el afamado ornitólogo británico Richard Meinertzhagen (1878-1967) aseguraba haberse sentido amenazado, en un peligroso paso del monte Murdar (Beluchistán), por un quebrantahuesos que le rozó repetidas veces con el ala con la indiscutible intención de despeñarle (Meinertzhagen, 1961).

UN ANTIGUO RELATO SOBRE UN SUPUESTO QUEBRANTAHUESOS DEPREDADOR DE HOMBRES EN LAS MONTAÑAS ALICANTINAS

Una tragicomedia del viejo mito suizo la hemos encontrado en un interesante y rarísimo folleto, publicado en Valencia, sin autoría ni fecha de publicación, que lleva por título *Nueva relación de los horrosos estragos causados por una fiera, y como por intercesion de Santa Barbara pudieron librarse de ella*. En esta historieta se relata los estragos que una fiera alada cometió contra hombres y ganado, en las montañas alicantinas durante la segunda parte del siglo XVIII.



El monstruo de Benimantell (Alicante), devorador de hombres y ganado.

En aquella narración, una bestia fabulosa de naturaleza híbrida (mitad águila, mitad lobo), que nos recuerda constantemente al mítico quebrantahuesos, apresa un niño de 6 años, en presencia de su madre, y lo devora. Ataca, además, a tres pastores de aquellos montes alicantinos, dos de los cuales, gracias a la invocación oportuna a Santa Bárbara se libran de una muerte segura, mientras que el tercero, encomendándose únicamente a sus propias fuerzas y a su valor, es degollado por la bestia. A esta fiera se le atribuye la muerte de otro pastor, la de otro transeúnte por aquellos montes, y malherir a un labrador y a un jornalero. Por si ello no fuera poco, otras veinte personas son presas de la rabia por mordedora de semejante pájaro monstruoso. Para cerrar el capítulo de fechorías, se le acusa, además, de la mortandad de más de ciento cincuenta cabezas de ganado. A la vista de semejante reputación asesina, guiados por un pastor, al que también se le llevó un cordero, un nutrido grupo de paisanos lograr averiguar y descubrir la cueva en la que vive y reposa. Con haces de leña, situados estratégicamente en la boca de la gruta, se prende fuego y así se logra matar a aquel monstruo alado el día 20 de mayo de 1797. En el Anexo, se recoge una buena parte de este curioso texto.

Como se puede deducir, estamos ante la presencia de un *grifo* maligno que, según la tradición cristiana, representa la fuerza cruel y el peligro inminente. Se trata, en definitiva, de la encarnación corpórea del demonio, y de ahí la invocación a los santos para favorecer su protección, en este caso a santa Bárbara. Según esta narración, el quebrantahuesos pudo ser ave nidificante en las montañas alicantinas entre Benimantell y Benifato al menos hasta finales del siglo XVIII. Allí se podría ver, ocasionalmente, a aquella sorprendente ave *colorada*, transportando despojos o

el pesado miembro de un animal por los aires, causando miedo y estupor entre los ignorantes y supersticiosos pastores y labradores conterráneos.

Nunca un ave –escribió en 1909 Willoughby Verner en su obra *Mi vida entre las aves silvestres de España*- me pareció tan salvaje, con sus crueles ojos naranja pálido rodeados de carmesí fijos en nosotros. Tenía las “cejas” negro azabache, lo mismo que el “bigote” y la peluda barba; todo parecía diseñado para darle un aspecto de malevolencia y ferocidad que ciertamente no se merece.

Muy probablemente, robos y asesinatos cometidos por las bestias humanas, no dejarían de ser achacados al inocente e inocuo *crebalós* o *trencallós* valenciano.



Paisaje actual de Benimantell, con las montañas de Benifato al fondo.

Aunque, como veremos a continuación, el quebrantahuesos vive fundamentalmente de los cadáveres de animales despeñados, muertos por heridas, abandono o desnutrición, en contadas ocasiones se le ha atribuido, también en tierras ibéricas, cierta ferocidad, responsabilizándole de ataques puntuales al ganado. Así, por ejemplo, en las tierras sorianas de Bordecórrex se ha creído hasta tiempos muy recientes que el *quebranto* atacaba a los reses, aunque sólo si estaban *sovinadas* (inmóviles) (García Asensio, 1997).

EL AVE INOFENSIVA COMEDORA DE HUESOS

Frente al predominio en la literatura ornitológica de la pervivencia de aquella ave malévola, otros naturalistas y observadores más fidedignos se preocuparon por poner en evidencia la caricatura del quebrantahuesos del mito suizo estudiándolos en diversos países

mediterráneos, en África o en Asia. Obviamos aquí presentar los comentarios al respecto de los naturalistas españoles, ya que son contadísimos los casos de aquellos que vieron por sus propios ojos un ejemplar en libertad o estudiaron detenidamente su comportamiento. Lo habitual es copiar de otros autores foráneos a los que se suponía mayor credibilidad o autoridad. Sirva, como muestra, la anotación del naturalista español por excelencia, Mariano de la Paz Graells (1809-1898), quien en unos apuntes inéditos, escritos en el año 1859, para una posible obra ornitológica, dice que

Es una de las mayores aves de rapiña conocidas en Europa y de cuya fuerza y fiereza nos han contado cosas estupendas, conviniendo todos en que, si bien se ha exagerado mucho su instinto sanguinario, no obstante es cierto que ataca a las cabras, ovejas y rebecos y hasta se atreve con los niños de corta edad. Su escasez en nuestra provincia [*en referencia a Madrid*] no ha dado lugar, que sepamos, á deplorar ninguna desgracia como las que se cuentan haber ocurrido algunas veces en los Alpes.

Será Alfredo Brehm, ya en el año 1858, uno de los primeros naturalistas que se encargaría de desenmascarar la faz siniestra con el que tradicionalmente se había disfrazado a aquel singular y mefistofélico pajaraco, y presentarlo con el discreto ropaje bien conocido por los pastores y cazadores españoles con el nombre de *quebrantahuesos*:

Si se pregunta a un cazador español digno de crédito lo que come el buitre barbudo no contará, sin duda, ningún caso de caza, sorpresa, robo y asesinato, como refieren los suizos de su buitre de los corderos, sino que dirá simplemente que el quebrantahuesos devora carroña, conejos, liebres y otros pequeños mamíferos y principalmente huesos, los cuales rompe dejándolos caer de considerable altura. Ningún español, con quien hayamos entablado relaciones de caza o científicas, conocía al quebrantahuesos como un temible jefe de ladrones, como los suizos al suyo. Al preguntar por el ave que roba y devora cabras y carneros, niños y perros, no oí nombrar nunca al quebrantahuesos, sino siempre al águila real. De ésta, pero sólo de ésta, se sabían contar tantas historias como nuestros naturalistas alemanes del buitre de los corderos de los Alpes. En conjunto, el quebrantahuesos es considerado como un ave inofensiva. Ningún pastor le teme, ningún ganadero se queja de rapiñas que hayan sido cometidas por él, sino que todo el mundo asegura que visita, junto con los buitres, la carroña, dejando caer, como ya hemos dicho, los huesos desde gran altura para

romperlos (Brehm et al., 1858:38; Brehm, 1879: 12).

Con la finalidad de corroborar su tesis de considerar al quebrantahuesos como ave útil y totalmente inofensiva, Alfredo Brehm presenta otros informes de otros acreditados ornitólogos que han estudiado y observado asiduamente al quebrantahuesos: Theodor von Heuglin (1824-1876) y sus experiencias con el quebrantahuesos africano, o los hábitos del quebrantahuesos griego del Dr. Theobald Johannes Krüper (1829-1917). Dice von Heuglin, en su obra clásica *Ornithologie Nordost-Afrika's*:

Nuestros sabios de gabinete describen al buitre barbudo como una altiva rapaz, que acomete con valor a los grandes mamíferos y hasta al hombre, procurando arrojarlo en el precipicio. Hemos tenido ocasión de observar este ave todos los días por espacio de mucho tiempo muy de cerca, hemos matado y examinado muchas docenas, encontrando con gran sorpresa nuestra que su alimento consiste casi exclusivamente en huesos y otros desperdicios de los mataderos y que acomete a los animales muertos y a los cadáveres humanos no cazando por sí mismo sino en caso de gran necesidad, pues raras veces logran apoderarse de un damán, una gelada, una liebre o de una cabra herida o descarriada (1869: 18-19).

Por su parte, Th. Krüper (*Aus meinem Tagebuche [Wichtige Beobachtungen über das Horsten der Adler und Geier in Akarnanien]*, 1862) escribe:

Al oír el nombre del buitre de los corderos se representa uno, desde luego, al ave de rapiña más valerosa, más osada y más temible del reino ornitológico. ¿Es, en efecto, el buitre de los corderos un animal que infunde miedo y terror a los rebaños y al hombre y tan dañino, o bien ha llegado a tener sin méritos la fama que le dan los escritos científicos y los naturalistas? En la Arcadia, donde las montañas no son muy altas, su territorio empieza inmediatamente en la playa. ¿Qué es lo que roba allí en la llanura este peligroso vecino? ¿Busca allí quizás a los carneros, a las cabras y hasta las vacas para devorarlas? A veces se le ve revolotear a poca altura al pie de un monte cubierto de matorrales, con la cabeza dirigida hacia abajo y vigilando, para precipitarse repentinamente al suelo y desaparecer. De seguro hace en aquel instante una presa; sin duda ha cogido una cabra. No; ha encontrado una tortuga que mitigará su hambre o será grata a su pequeñuelo. Para obtener la carne de la tortuga la arroja desde la altura so-

bre una roca para aplastarla. El inglés Simpson [Wilfried Hudleston Simpson (1828-1909)], que observó al quebrantahuesos en Argelia, confirma este dato y me ha referido que cada ave tenía una roca donde aplasta a las tortugas. El día 14 de mayo de 1861 visité el nido de un quebrantahuesos. Al pie del peñasco había una gran multitud de tortugas así como varios huesos.

Este comportamiento oportunista con las tortugas terrestres ha sido confirmado, más recientemente, por Bratislav Grubac en Macedonia.

De sus experiencias anteriores a su viaje a España, Alfredo Brehm comenta en su primer libro, *Reiseskizzen aus Nord-Ost-Afrika* (1855), que a pesar de que no lo pudo observar nunca en Egipto ni en la Nubia, sí lo vio muchas veces en la Arabia Pétreá, donde los pastores le contaron que el quebrantahuesos era un ave ladrona y perjudicial para su ganado caprino:

Ese bandido, hijo de bandido (que Alá condene, a él y a toda su posteridad), fija su domicilio en la cima de una montaña o en el fondo de una caverna, donde rara vez puede llegar el hijo de Adán, pues no hay ningún camino practicable. Pero si llegas a la altura, verás un gran lecho, que forma el bribón con el pelo de las cabras que ha matado, y encontrarás encima uno o dos huevos, pues el *budj* es tan hambriento y voraz que no pone nunca más de dos, mientras que las demás aves depositan un número mucho mayor; son blancos, pero con las manchas de sangre de los animales devorados por la rapaz.

No obstante, el británico y colector George Wyman Bury (1874-1920), que abatió cinco quebrantahuesos yemeníes en las montañas de Sok-al-Khamis, en el verano de 1913, informa únicamente de la predilección por los huesos de este buitre señorial que surfea el alma del viento de aquellos inhóspitos y tórridos lugares.

Ya hemos presentado en otro lugar, otras breves referencias a la consideración de este ave por diversos naturalistas y estudiosos (Reig-Ferrer, 2008, 2013, 2014), y por razones de espacio no nos podemos ocupar aquí de las notas de otros muchos autores (W. Verner, B. Berg, C. Stemmler, etc.). Señalemos, tan sólo, que en el caso del último nombre mencionado, éste procurará, a través de la fotografía como herramienta visual de certificación conservacionista, mostrar la alimentación real del quebrantahuesos sardo.



Abb. 67. Aus dem Lämmergeierhorst. Ziegenhorn, Handhalsband, Zickelhufe und Kotkugeln aus Kalk. 3. Juni 1926. Phot. C. Stemmler

Fotografía de Carl Stemmler (1882-1971) sobre los contenidos de nidos y estómagos de los quebrantahuesos de Cerdeña (1922-1926)

A pesar de toda la información científica a su favor, el quebrantahuesos siguió siendo considerado en tierras españolas, prácticamente el único país europeo con los escasos ejemplares europeos viables, como un ave de gran interés cinegético. La pervivencia errónea de su comportamiento depredador la hizo merecedora, por ejemplo, de ser el único buitre declarado perjudicial en la Convención de París de 1902 (Ferrero-García, 2013). Todavía en el año 1950, Joaquín España Payá (1920-2012) consideraba que, desde el punto de vista cinegético, el quebrantahuesos, *con su perilla de rígidos pelos en la base del pico que le da un aspecto doctoral* era una pieza *fenómeno* para cualquier colección que se preciara, aunque muy difícil de conseguir. Se necesita para su cobro, disparar con munición gruesa y mucha paciencia: *De no ser así, hay que confiar que un día en la sierra, en un puesto a buitres con una caballería muerta por cebo, el azar envíe uno con buen apetito* (España Payá, 1950).



Quebrantahuesos abatido en tierras murcianas en el año 1953 y convertido en lámpara de salón en una casa del valle de Ricote.

Al objeto de avanzar en la protección legal de este ave, la Sociedad Española de Ornitología aprobó en marzo de 1956 y publicó (*Ardeola*, 1956) unas *Bases para un proyecto de clasificación legal de las aves de España*, en el que se instaba a considerar al quebrantahuesos como *ave para régimen de protección especial*, señalando que los *buitres y el Quebrantahuesos no deben figurar entre las aves que se pueden cazar. No son aves dañinas* (pág. 139).

Cerremos ya este denso artículo, con un importante testimonio en relación a uno de los últimos quebrantahuesos silvestres de las Sierras de Cazorla, Segura y las Villas, antes de su reintroducción, y que acredita, una vez más, la naturaleza benigna y pacífica de nuestra ave. Nos lo proporciona Rufino Nieto Ojeda, quien en correo electrónico nos contaba lo que presencié siendo niño:

Creo que fue el verano de 1963. Entonces vivíamos en el cortijo del Tío Quico “Vazquiñas”, unos centenares de metros por debajo de la actual Casa Forestal de la Fuente del Oso. Como en cualquier casa de campo, mi madre tenía unas cuantas gallinas sueltas en torno a la casa y que solo encerraba en el gallinero por las noches. Durante dos largas semanas, a media tarde, bajaba un ejemplar de quebrantahuesos de los que merodeaban por los Poyos de la Mesa -que quedan enfrente del cortijo-, y se posaba donde estaban las gallinas. Mis hermanos lo observábamos admirados cómo se paseaba majestuosamente entre las gallinas, a las que no hacía nada, y éstas ni se inmutaban. Solía estarse una media hora y, cuando le parecía bien, levantaba el vuelo y desaparecía hasta el día siguiente que solía bajar a la misma hora. Así nos visitó entre 15 y 20 días. Después ya no lo volvimos a ver por allí.

Abilio Reig-Ferrer
Universidad de Alicante
areig@ua.es

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ANDREAE, J. G. R. (1776). *Briefe aus der Schweiz nach Hannover geschrieben, in dem Jahre 1763. Zweiter Abdruck*. Zürich und Winterthur, bei Joh. Caspar Füessli Sohn.

ANÓNIMO [sin fecha]. *Nueva relación de los horrosos estragos causados por una fiera, y como por intercesion de Santa Barbara pudieron librarse de ella*. Valencia [sin impresor].

BREHM, A.E. (1879). *Brehms Thierleben. Allgemeine Kunde des Thierreichs. Grosse Ausgabe. Zweite umgearbeitete und vermehrte Auflage. Zweite Abtheilung – Vögel. Zweiter Band*. Leipzig: Verlag des Bibliographischen Instituts.

BREHM, Chr. L., BREHM, A.E., und BREHM, R. B. (1858). Die Geieradler und ihr Leben. Ein Beitrag zur genaueren Kenntniss der edelsten Räuber des Hochgebirges. *Mittheilungen aus der Werkstatt der Natur, I (1) : 32-41; (2) : 61-66*.

CORVIN, „der Jäger“ (1857). *Kampf mit einem Lämmergeier. Das Buch der Welt*. Stuttgart, Karl Hoffmann: 232-233.

COXE, W. (1789). *Travels in Switzerland, and in the country of the Grisons: in a series of letters to William Melmoth, Esq.* London, T. Cadell.

ESPAÑA PAYÁ, J. (1950). El Quebrantahuesos, rey de los aires. *Calendario mensual ilustrado de Caza y Pesca, 86 : 72-73*.

FERRERO-GARCÍA, J. J. (2013). The International Convention for the Protection of Birds (1902). A missed opportunity for wildlife conservation? . *Ardeola 60 (2) : 385-396*.

GARCÍA ASENSIO, J. M. (1997). *Historia de la Fauna de Soria. Atlas de distribución histórica de vertebrados de la provincia de Soria. Tomo II*. Soria, ASDEN (Asociación Soriana para la Defensa de la Naturaleza).

GIRTANNER, G. A. (1869/1870). Beitrag zur Naturgeschichte des Bartgeiers der Centralalpenkette (*Gypaetus alpinus*). *Bericht über die Tättigkeit der St. Gallischen naturwissenschaftlichen Gesellschaft*. Separatabdruck : 1-156.

GIRTANNER, G. A. (1899). Der Lämmergeier in den Schweizer-Alpen und in den Zeitungen. *Diana, Organ des Schweiz. Jäger- und Wildschutzvereins*, Genf. Separatabdruck: 1-11.

KÖNIG, F. N. (1814). *Reise in die Alpen*. Bern, bey dem Verfasser.

KÜSTER, H. C. (1835). Bemerkungen über die Thiere der Insel Sardinien. II. Vögel, *Isis*: 208-231.

LAVAUDEN, L. (1911). Contribution à l'étude du Gy-

paète barbu. *Revue Française d'Ornithologie*, II: 43-46; 56-59.

MEINERTZHAGEN, R. (1961). In the mountains of the lammergeyer. En: J. K. Terres (Ed.). *Discovery great moments in the lives of outstanding naturalists*. Philadelphia, J. B. Lippincott Company: 32-37.

PINILLOS, J. L. (1992). Realidades y mitos de la tercera edad. En A. Reig-Ferrer y D. Ribera (Eds.). *Perspectivas en Gerontología y Salud*. Valencia, Promolibro: 102-115.

REIG-FERRER, A. (2008). Cincuenta años de protección legal del Quebrantahuesos (*Gypaetus barbatus*) en España. *Argutorio*, 21: 58-62.

REIG-FERRER, A. (2013). José Antonio Valverde Gómez (1926-2003) y el Quebrantahuesos. *Argutorio*, 31: 64-73.

REIG-FERRER, A. (2014). ¿Plagió José Arévalo Baca el libro *Aves de España* (1887) de un manuscrito ornitológico de Rafael Cisternas?. *Argutorio*, 32: 66-73.

RÉROLLE, L. (1900). Le Gypaète Barbu. *Revue Alpine*, VI (6): 157-172.

STARK, A. & SCLATER, W. L. (1903). *The Birds of South Africa. Commenced by Arthur Stark, Vol. III. by W. L. Sclater*. London, R. H. Porter.

STEINMÜLLER, J. R. (1806). Gemeinnützige Beschreibungen einiger Säugthiere und Vögel des Schweizerlandes als Probe seines vollständigen Werks hierüber. En: C. U. Ulisses von Salis und J. R. Steinmüller (hrsg.). *Alpina. Eine Schrift der genaern Kenntniss der Alpen*, I: 108- 238 [Falco barbatus: 169-207].

STORR, G. K. Ch. (1784). *Alpenreise vom Jahre 1781. Erster Theil*. Leipzig, in der Johann Gottfried Mülleschen Buchhandlung.

TSCHUDI, F. von (1860). *Das Thierleben der Alpenwelt. Naturgeschichten und Thierzeichnungen aus dem schweizerischen Gebirge. Fünfte verbesserte Auflage*. Leipzig, Verlagsbuchhandlung von J. J. Weber.

WOLF, J. und MEYER, B. (1805). *Naturgeschichte der Vögel Deutschlands in Getreuen Abbildungen und Beschreibungen*. Nürnberg, Joann Friedrich Frauenholz.

ANEXO

Nueva relación de los horrosos estragos causados por una fiera, y como por intercesion de Santa Barbara pudieron librarse de ella

[...]

Hay en Valencia un lugar
que es Benimantel nombrado,
poco distante del mar,
en un monte situado,
en lo áspero sin par.

De aquí salió una muger
con un niño de la mano,
por el campo con placer,
como aquel ángel humano
se deba tanto ha querer.

Hera el niño de seis años;
quando vieron de repente
venir, aciendo mil daños,
un pájaro del tamaño
y la figura siguiente.

Hera el ave corpulenta,
pues para llenar su vientre,
que de carne se alimenta,
con un carnero que encuentre
al día, no está contenta.

Son sus uñas, si me esplico,
agudas de presa y robo,
ave que no tiene pico
y es muy semejante al lobo
en la cabeza y ocico.

Haciendo del viento escalas
buela muy alto y ligero,
y de las furiosas balas
mejor que el avestruz fiero
se defiende con sus alas.

Si alguna res encontraba
o algún hombre y retozando
le mordía y no mataba,
la mordedura sanaba,
mas él moría rabiando.

El niño despedazó
por más que la madre voces
en aquella ocasión dio,
y entre sus garras feroces
lo que no comió llevó.

Ella, porque se ocultó
en un áspero riscal,
del pájaro se libró;
vino al pueblo y de su mal
a todos cuenta les dio.

Algunas gentes salieron
por lo que ésta les contaba,
y por ella le siguieron

donde los bestigios vieron
de lo que se lamentaba.

Al pájaro, que llevó
hasta su nido la presa
del niño que destrozó,
segunda vez con gran priesa
a buscar otra volvió.

Y encontró con tres pastores
que estaban con atención
gozando de los primores
de un arroyo la canción
y fragancia de las flores.

Así estaban divertidos
con sus ondas y cayados
quando viéronse afligidos
de aquel monstruo perseguidos
y con rigor acosados.

Los dos con gran devoción
Santa Bárbara invocaron
que en semejante ocasión
nunca los Santos negaron
a nadie su protección.

El otro se encomendó
a su valor y sus brazos,
y en breve experimentó
que entre sus agudos lazos
degollado feneció.

Interin se libertaron
los otros dos que quedaban
fueron al pueblo y contaron
todo lo que les pasaba
y todos se orrorizaron.

Creciendo la devoción
de esta Santa milagrosa,
que siempre su intercesión
es con Dios tan poderosa
en cualesquiera ocasión.

Empezóse a divulgar
por sucesos tan estraños,
de uno en otro lugar,
de este pájaro los daños
que causaban sin cesar.

Ya por su rigor tan fiero
se hallaba muerto un pastor,
destrozado un pasagero,
casi muerto un labrador,
mal erido un jornalero.

Ya los ganados faltaban,
ya los pastores uían,
las gentes no caminaban
ya algunos que el ave veían
al Rey del Cielo clamaban.

Quien vió las gentes andar
con escopetas y espadas,
esperarlas y tirar,
las balas rechazadas,

bolver sin darle pesar.

Quién vió todos a una voz
en el Santo Templo orar,
al próximo perdonar
pidiendo todos a Dios
que era su enojo aplacar.

Veinte personas supieron
que en este pais rabiaron
que de este pájaro fueron
mordidas, y no contaron
los que a sus garras murieron.

De cabezas de ganado
ciento y cincuenta se halló
que el pájaro ha destrozado,
quando el pueblo se animó
para ir contra él armado.

Guiados por un pastor
a quien le llevó un cordero
de los suyos el mejor,
y él les siguió con fervor
hasta ver su paradero.

Y viendo la gente armada
los encaminó a una gruta
entre riscos socavada.
donde el ave estaba oculta
en caso muy descuidada.

Entre todos discurrieron
cercar la cueba de leña
y con sigilo lo hicieron,
que se la ofreció breña
que en aquellos montes vieron.

Y teniendo antes cerrada
la cueba por cosa cierta
con una piedra pesada
que pusieron a la puerta
porque no fuese escapada.

Prenden a la leña fuego
hasta tanto que abrasaron
esta cueba sin sosiego
y aquellos riscos saltaron
y hecha un carbón se dio luego.

Murió este monstruo en el año
mil setecientos noventa
y siete, a veinte de mayo,
como en el país lo cuenta
quien vió y conoció su daño.

Pidamos todos a Dios
y a Santa Bárbara leales
nos libre de lances tales
porque le alabemos nos
en los Reynos celestiales.